

II

LA ALTA EDAD MEDIA

Por Josef Lenzenweger

Los nuevos pueblos nacieron de las tinieblas y oscuridades de las migraciones de los pueblos. Entre convulsiones y dificultades sin número nació el Occidente cristiano. El imperio renovado se extendía desde el Ebro hasta el Elba y desde el Tíber hasta el río Eider, hasta que se inició lentamente la «desfranquización» de este territorio poblado mayoritariamente por tribus no francas. Surgieron Francia e Inglaterra, Polonia y los Países Escandinavos. La península Ibérica se fue sacudiendo paulatinamente la soberanía del islam. El Oriente, por el contrario, se distanciaba o fue distanciado a ojos vistas. El rey alemán, en su condición de *imperator romanorum* coronado por el papa, era portavoz de todos los príncipes en estos países. Los soberanos, la nobleza y la Iglesia eran la trilogía influyente, de cuya armonía dependía el destino de la Iglesia.

Pero tales logros sólo están reservados a los santos y a los héroes, no a las medianías que encontramos a lo largo de la historia también entre las filas de los situados en los peldaños más altos de la jerarquía. Como consecuencia de los fracasos humanos, no sólo se produjeron puntos culminantes, sino también crisis de la evolución. Así, en la disputa de las investiduras y en sus repercusiones durante la segunda mitad del siglo XII, y finalmente en la recíproca desvinculación del imperio y de la Iglesia, manifestada claramente por los acontecimientos del primer concilio de Lyon (1245).

En las cruzadas, la cristiandad entera volvió a unirse para emprender grandes objetivos en común. Las fuertes tensiones se exteriorizaban en los movimientos contemporáneos centrados en la pobreza. En Francisco de Asís encontramos un simpático y perenne intérprete de este ideal. Él siguió dentro de la Iglesia, aunque ésta se apegó crecientemente a las categorías del derecho canónico, que no siempre armonizaba con el evangelio. Otros, escandalizados y desilusionados, se separaron de la Iglesia.

§44

Los papas alemanes

El hecho de que los sucesores de Clemente II tomaran nombres del primer milenio de la Iglesia y se llamaran Dámaso II (1048) y Víctor II

(1055-1057) indicaba claramente que se había producido un cambio de rumbo en la historia del papado. Clemente II murió tras un breve pontificado, casi al mismo tiempo que su oponente Gregorio VI (1045-1046), y encontró su descanso definitivo en la catedral de Bamberg.

Al conocerse la muerte de Clemente II, los romanos enviaron emisarios al emperador Enrique III, con la petición de que nombrara un nuevo papa. Los seguidores de los tusculanos aprovecharon la oportunidad y entronizaron de nuevo a Benedicto IX. Naturalmente, este papa disfrutaría por poco tiempo el poder reconquistado. En efecto, el emperador pronunció el año 1047, en presencia de los representantes del pueblo de Roma, la sentencia sobre Benedicto IX, y en virtud del derecho de designación que le había sido concedido nombró a Poppo, obispo de Brixen, como nuevo papa. Éste se impuso el nombre de Dámaso II. No pudo entrar en Roma hasta junio del año 1048. Benedicto IX se había retirado definitivamente, pero al nuevo papa le quedaban sólo 23 días de gobierno; luego murió de la fiebre romana. Su brevísimo pontificado no le ofreció oportunidad alguna para traducir a hechos sus ideas sobre la reforma del papado y de la Iglesia. Tal éxito estaría reservado al que fue designado como su sucesor en la Navidad del año 1048. Bruno, obispo de Toul, de la estirpe de los condes de Egisheim, fue llamado con 46 años al más elevado oficio de la Iglesia. Entró en la ciudad eterna el 12 de febrero vestido de peregrino, e hizo que el clero y el pueblo romanos lo eligieran otra vez canónicamente, como había indicado ya al emperador cuando éste le designó. Se llamó León IX (1049-1054). Reunió inmediatamente a su alrededor a un grupo de personas competentes, provenientes todos ellos del movimiento de la reforma monástica. Humberto provenía del monasterio de Moyennoutier y fue designado como cardenal-obispo de Silva-Cándida. Federico, hijo del duque de Lorena y archidiácono de Lieja, desempeñó el cargo de canciller de la Iglesia romana desde el año 1051. Pero el más importante de todos ellos fue Hildebrando, monje de Cluny. El nuevo papa, que durante toda la vida mantuvo una amistad cordial con el abad de este monasterio Hugo, lo llamó de nuevo a Roma.

Con celo insaciable y con una actividad infatigable persiguió León IX sus objetivos. Su celo reformador se orientó principalmente contra la simonía (compra de dignidades espirituales con bienes materiales) y contra el nicolaísmo (matrimonio de los sacerdotes). A causa del desprecio general de que entonces era objeto el celibato, el papa decretó en los sínodos normas más severas. Pero era plenamente consciente de que su objetivo en este terreno no se podía alcanzar de la noche a la mañana. Su lucha propiamente dicha se centró en la simonía. Trató de imponer su ideal con amenazas de castigos y con deposiciones. También sus prolongados viajes, que le llevaron al norte y al sur de Italia, a Francia e incluso a

Alemania, pretendían servir a ese objetivo. En Ratisbona celebró la exaltación (canonización) de san Wolfgang (1052).

Su pontificado se vio ensombrecido pronto por una gran preocupación. Los normandos saqueaban los monasterios y las iglesias del sur de Italia. León IX convocó a una guerra de liberación en el signo de san Pedro. Trató de ganarse también al emperador para tal empresa, pero como no se presentaran a su debido tiempo las tropas prometidas por el emperador, el papa organizó con sus propios medios un ejército de mercenarios y se puso personalmente al frente de estas tropas. El 16 de junio del 1053 sufrió una derrota estrepitosa y cayó prisionero de los normandos. Durante nueve meses permaneció retenido por sus adversarios.

Tal vez le sirvió de consuelo el que, a su regreso a Roma, el emperador bizantino le pidiera el envío de una legación. El papa accedió a esta sugerencia, pero desgraciadamente no se logró la reconciliación. Por el contrario, se produjo una fractura que perdura hasta nuestros días.

Pero la cautividad había llevado a León IX a intentar tareas superiores a sus fuerzas. Y falleció ya el 19 de abril del 1054.

Tras la muerte de León, el emperador volvió a hacer uso de su derecho de designación. Y nombró papa a su canciller, el obispo Gebhard von Eichstätt, que se llamó Víctor II. Recordó inmediatamente la necesidad de la reforma, pero también él dispuso de un breve período de pontificado, que no le permitió conseguir logros llamativos. En sus brazos murió el emperador Enrique III, el 5 de octubre del 1056, a los 39 años de edad. Este príncipe, extraordinariamente dotado, serio y piadoso a la vez, hombre de amplias miras, había conseguido que el papado cobrara un brillo especial. Y ahí se esconde precisamente una cierta nota trágica, pues de esta manera contribuyó a convertir el papado en un serio oponente para el emperador. En su lecho de muerte el emperador encargó a Víctor II el cuidado del imperio y de Enrique IV, de 6 años de edad y que ya había sido elegido rey. Pero también los días de Víctor II estaban contados. Una inesperada muerte ponía a los reformadores ante la pregunta de cómo podían ahorrar al papado nuevos contratiempos dada la situación en que se encontraba el imperio. Y elevaron a la sede de Pedro al hermano del duque de Lorena Godofredo, que era también margrave de Toscana, Federico de Lorena, el cual tomó el nombre de Esteban IX (1057-1058). Bajo la influencia del cada día más poderoso consejero Hildebrando, consiguió que la emperatriz Inés aprobara su elección. En su pontificado, pasó a formar parte del grupo de la curia romana el partidario de la reforma Pedro Damiani, prior de Fonte Avellana, del movimiento eremitario camaldulense. También el nuevo Papa se vio en la necesidad de dictar normas severas contra el matrimonio de los sacerdotes. Esto da a entender que las normativas dictadas en tiempos anteriores no habían logrado imponerse. En un viaje

por la Toscana falleció el joven e idealista papa el 29 de septiembre del 1058 en Florencia. Pero el nuevo camino estaba trazado.

§45

Reforma de las normas para la elección del papa

Se percibía por doquier la inseguridad porque el partido de la reforma pretendía cortar el mal de raíz. El procedimiento que se había utilizado hasta entonces para elegir al papa parecía ser fuente de numerosos fracasos. Cuando Esteban IX murió (29 marzo del 1058), el clero y el pueblo de Roma decidieron no iniciar la elección de un nuevo papa hasta que el subdiácono Hildebrando no volviera de la corte alemana. Pero los tusculanos aprovecharon la oportunidad y elevaron a la sede de Pedro a un candidato elegido por ellos, concretamente a Juan, cardenal obispo de Velletri, que tomó el nombre de Benedicto X (1058-1059). El partido de la reforma se negó rotundamente a reconocer la nueva situación. El portavoz cualificado de éstos era Humberto de Silva-Cándida, cardenal obispo de Ostia, que, según los usos vigentes, debería haber sido llamado a la coronación del papa.

Los del partido de la reforma, entre ellos cinco de los siete cardenales obispos, se decidieron, tras la vuelta de Hildebrando, por Gerhard de Florencia (Nicolás II), de origen borgoñón. Consiguió en Roma el reconocimiento general y el antipapa tuvo que emprender la huida. La justificación de la elección de Nicolás II (1059-1061) se produjo en el sínodo de Letrán de Pascua del 1059. Se promulgó un nuevo decreto sobre la elección del papa. En él se preveía un procedimiento de elección en tres fases. Los cardenales obispos (titulares de los siete obispados suburbicarios) debían deliberar primero, y finalmente los cardenales presbíteros (presidentes de las 25 iglesias principales de Roma), a los que debían sumarse los cardenales diáconos (auxiliares máximos del papa en el culto y la administración de la Iglesia), debían llegar a unas conclusiones. El resultado alcanzado debía ser aceptado mediante la aprobación del clero y del pueblo. Al rey alemán Enrique IV se le reconocía igual que a sus sucesores, a los que el papa concedería *ad personam* este derecho, «debitus honos et reverentia». Se interpretó luego esta determinación afirmando que la tarea y obligación del soberano consiste en procurar que la elección del papa sea libre. En cuanto a la persona sobre la que podría recaer la elección, se previó la posibilidad de elegir a un candidato de fuera sólo cuando no hubiera un candidato romano digno. En situaciones normales, Roma sería el lugar donde se realizaría la elección. En todo caso, la elección había de ser posible a través de los cardenales obispos.

Con ello Nicolás II consiguió justificar *a posteriori* su controvertida elección. En ese mismo sínodo de Letrán se dictó una normativa contra la colación simoníaca de prebendas eclesiásticas a través de los laicos. También se recomendó encarecidamente la norma del celibato, y se ordenó para los clérigos la *vita communis et apostolica*. Naturalmente, fue imposible la aplicación de estas normas a escala general, aunque en ocasiones se utilizó incluso la violencia para imponerlas (por ejemplo, Pataria en Milán).

Las nuevas normas para la elección del papa fueron utilizadas ya en la elección de Alejandro II (1061-1073). Incluso el arzobispo Annón de Colonia, que en un hábil golpe de mano se había apoderado de Enrique IV, a la sazón de 12 años de edad, se decidió a favor de Alejandro II. En el pontificado de éste fue particularmente perceptible la influencia de Hildebrando.

§46

Confusión entre el orden eclesiástico y el civil

Las abundantes y suculentas donaciones hechas a la Iglesia por personas públicas y privadas trajeron consigo un grave maridaje entre el ordenamiento eclesiástico y el civil. Se reconoció la inmunidad al clero y a los señores feudales eclesiásticos. Esto obligó a los altos dignatarios espirituales a responsabilizarse de tareas civiles respecto de sus súbditos (administración de la justicia y reclutamiento de tropas), pero las leyes eclesiásticas prohibían a los ministros de la Iglesia la jurisdicción de sangre y la profesión de las armas. Por consiguiente, fue necesario echar mano de nuevo de los seculares (procuradores). El sistema de procuradores y la protección del rey hicieron que la influencia «secular» persistiera sobre la «Iglesia». Se comprende, pues, que los señores seculares tuvieran muchos intereses en el nombramiento de los altos dignatarios de la Iglesia, de los obispos y de los abades. Y los entronizaban mediante la colación del anillo y del báculo, originariamente símbolos mundanos, que habían sido reinterpretados desde un prisma espiritual.

El rey y los «señores de las iglesias propias» a todos los niveles tenían una concepción completamente contrapuesta a la de los representantes de la Iglesia que afirmaban tener un derecho irrenunciable a todas las propiedades que les habían sido traspasadas. En consecuencia, se negaban a que los laicos concedieran la investidura a los obispos y abades. Y puesto que esa entronización se compraba frecuentemente con dinero, no siempre fue desatinado equiparar investidura de laicos y simonía. Así, estalló la lucha acerca de la llamada *libertas Ecclesiae*.

Esta tensión iba a revestir caracteres peligrosos cuando al frente de los partidos contrapuestos —es decir, del *sacerdotium* y del *imperium*— estuvieran personas que pretendieran no la consecución de un acuerdo sino la autoafirmación de su propia posición. Y una de estas situaciones se produjo cuando el monje y diácono Hildebrando, cuyos consejos habían sido determinantes para varios papas, convirtiéndose así en el alma de la lucha por la libertad de la Iglesia, fue elegido papa por el clero y el pueblo (sin tener en cuenta el decreto sobre la elección del papa del 1059) el día 22 de mayo del año 1073. Gregorio VII (1073-1085) —escogió este nombre en recuerdo de Gregorio I— se sintió llamado por Dios para un cometido decisivo. Era un organizador brillante, bajo de estatura, pero capaz de imponer su voluntad. Era extraordinariamente consecuente consigo mismo, y esperaba de los demás una actitud similar. Manifestó con creciente claridad y rotundidad la pretensión de que, como papa, era el vicario de Cristo (*vicarius* del *rex regum*) en la tierra. Este Cristo era, en su opinión, sucesor del emperador Augusto. Por consiguiente, el papa es competente no sólo en las cosas espirituales, sino también en los asuntos seculares. De ahí derivaba Gregorio VII el derecho a nombrar y a deponer príncipes seculares, y la posibilidad de desvincular a los súbditos del juramento de fidelidad (cf. *Dictatus papae*). No se tiene conocimiento de que el nuevo papa comunicara su elección al rey alemán. La tumultuaria elevación a la sede pontificia se llevó a cabo sin observar el decreto del año 1059 sobre la elección papal, y sin el «honor y veneración» previstos para Enrique en ese decreto. Pero el modo de ser de Gregorio no buscaba el arreglo, sino la confrontación, la agudización de las contraposiciones. En el otro lado se encontraba Enrique IV, que entonces tenía 23 años. Tras la prematura muerte de su padre, había padecido durante largo tiempo la educación de príncipes eclesiásticos incompatibles (Annón de Colonia y Adalberto de Brema). Esa educación le produjo daños en su carácter. Carecía del suficiente equilibrio y durante toda su vida se mostró desbocado e inmaduro, tanto en la política como en su relación con las mujeres. Se sentía sucesor directo de los reyes viejotestamentarios ungidos por Dios, y «por la gracia de Dios», no «por la gracia del papa». Puesto que la valoración correcta de sus posibilidades le inclinaba más a la búsqueda de un compromiso, se encontraba ya por principio en una situación difícil cuando llegó la confrontación.

§47

La lucha con Enrique IV

La mecha de la discordia estaba preparada. Prendió fuego en el sínodo romano de la cuaresma del año 1074. En el futuro no se permitiría a

nadie vender o comprar oficios eclesiásticos. Además, se prohibió celebrar misa a los sacerdotes *qui in crimine fornicationis iacent* (concupinos); incluso a los clérigos de menor rango se les prohibió el servicio del altar. La expulsión del obispo Altmann de Passau (1010-1091) por su clero nos permite hacernos una idea sobre la situación real en que se encontraba entonces el celibato.

El rey no tenía objeción alguna contra la medida relacionada con el celibato de los ministros de la Iglesia. Por el contrario, era partidario de que los feudos imperiales que se encontraban en manos de la Iglesia no se transmitieran por herencia. No hizo el menor caso de la disposición n.º 1 (investidura de laicos). Actuó como si nada hubiera oído. Por eso, al principio la situación no cambió lo más mínimo. En el sínodo cuaresmal del año siguiente se volvieron a recomendar encarecidamente las conclusiones, y, además, se excomulgó a cinco consejeros del rey a causa de su destacada participación en provisiones de oficios supuestamente simoníacas.

El rey volvió a despreocuparse de las ordenanzas pontificias. Por el contrario, designó para el importantísimo arzobispado de Milán a un partidario suyo, tras haber depuesto de forma fulminante al antecesor. Esto encolerizó mucho a Gregorio, que amenazó al rey con la deposición ya en diciembre del año 1075. Enrique convocó a los obispos alemanes del imperio para que se reunieran en enero del 1076 en un sínodo que se celebraría en Worms. Y mandó deponer inmediatamente al papa. Una asamblea de obispos reunida en Piacenza, al norte de Italia, confirmó las conclusiones de los obispos alemanes.

Esto fue la gota que colmó el vaso. En el sínodo cuaresmal del año 1076 sucedió la famosa escena con la pública lectura de una carta del rey que terminaba así: «Éste (Gregorio) no es papa, sino un lobo feroz.» La reacción del sínodo fue la siguiente: todos los obispos alemanes que habían firmado en Worms fueron suspendidos, se dictó la excomunión contra Enrique, y se desligó a los subditos del juramento de fidelidad. Y dado que los príncipes alemanes se sentían crecientemente insatisfechos con su rey, se creó una situación peligrosa para Enrique. Sus adversarios llegaron a declarar que un excomulgado no puede ser rey. En la asamblea que los príncipes celebraron en Tribur el 17 de octubre del año 1076 negaban la corona al rey si en el plazo de un año no se liberaba de la excomunión. Se convino en que Enrique debía vivir como persona privada hasta que no se produjera la decisión, que se tomaría en una dieta a celebrar en la fiesta de la Candelaria del 1077 en Augsburgo, en presencia del papa. Enrique se vio obligado entonces a cambiar de rumbo. Y lo hizo con su acostumbrada habilidad. En el invierno del año 1076-1077 subió, junto con su esposa Beatriz, que había sido tratada bastante injustamente por él, al Monte Cenis. Gregorio se encontraba ya de viaje a Augsburgo. Cuando tuvo

noticias de la llegada de Enrique a Italia, se retiró a Canosa, al castillo de su fiel defensora Matilde de Toscana. Juntamente con el abad Hugo de Cluny, padrino de bautismo del rey, trató ésta de que el papa mudara de parecer. Enrique había tomado la decisión de hacer penitencia pública junto con sus consejeros. Durante tres días enteros estuvo con la vestidura penitencial, una larga camisa de crin sobre la vestimenta normal. Esto le puso a Gregorio en un conflicto interior que no le resultaba nada fácil. Al pastor de almas que tiene la obligación de perdonar se enfrentaba el político que pondera el alcance de sus acciones. El 28 de enero del año 1077 levantaba la excomunión al penitente si no impedía el viaje del papa a Alemania y no utilizaba en modo alguno el poder regio hasta que se hubiera tomado la decisión en la dieta de Augsburgo.

En aquel momento, el auténtico ganador era Enrique. Los príncipes ya no tenían motivo alguno para recusarlo como rey. Ya no estaba excomulgado. Al papa se le habían escapado las riendas del asunto. No tuvo lugar la dieta de Augsburgo, pero en Forchheim del Regnitz se procedió a la elección de un antirrey, en la persona del duque Rodolfo de Suabia. Gregorio trató de mantenerse neutral, aunque Rodolfo había asegurado todo tipo de obediencia y la observancia de las elecciones canónicas. Pero fue derrotado en el campo de batalla junto al río Elster, donde perdió la corona y la vida (1080). Enrique alcanzaba entonces el vértice de su poder y arrogancia. En un sínodo celebrado en Brixen hizo elegir como antipapa (Clemente III) al arzobispo Wiberto de Ravena, suspendido desde hacía algún tiempo. Gregorio respondió excomulgando de nuevo al rey alemán, pero éste emprendió la marcha sobre Roma. 13 cardenales se pasaron a él. Hizo que le coronara «su» papa como emperador, y mandó encarcelar a Gregorio en el castillo de Santángelo, de donde fue liberado, sin embargo, por los normandos dirigidos por Roberto Guiscardo, quienes ahuyentaron a Enrique y a sus hombres, pero arrasaron y saquearon la ciudad eterna en tales proporciones que el Papa, ante la ira de la población, tuvo que huir de Roma. Se retiró a Monte Cassino, y poco después murió exiliado en Salerno.

También el final de Enrique IV —dos décadas más tarde— estuvo rodeado de soledad. Su hijo mayor, Conrado, se había enojado contra él, y fue envenenado poco después. Su segunda esposa Práxedes de Kiev lo acusó ante la opinión pública de la más vergonzante conducta moral. Y finalmente, se levantó contra él su hijo predilecto Enrique (V) y le obligó a abdicar porque un excomulgado no podía ser emperador. Ambos encomendaron la decisión a las armas, pero no se llegó al veredicto final pues Enrique IV falleció repentinamente el año 1106.

La controversia de las investiduras con Enrique V

Entre tanto, había sido elegido papa el monje Pascual (1099-1118), piadoso pero desconocedor del mundo. El antipapa Wiberto había muerto ya († 1103). Sin embargo, Enrique V, hombre de voluntad fría y calculadora, olvidó pronto las promesas que había hecho al papa en su designación. Continuó practicando sin recato alguno la investidura de laicos, y el bondadoso papa esperaba que se podría llegar a un arreglo. Su esperanza creció cuando se logró una solución de compromiso con Francia e Inglaterra mediante la importante distinción entre oficio eclesiástico y posesiones temporales, distinción a la que había hecho referencia el famoso jurista Ivo de Chartres.

Enrique V pasó los Alpes en el verano del año 1110 con unos 30000 hombres, y no encontró resistencia alguna en Italia. Envio por delante emisarios al papa. Éste se declaró dispuesto, en el nombre de la Iglesia, a renunciar a los derechos de majestad y soberanía que ella (la Iglesia) había recibido del imperio. Y afirmó que, de esta manera, quedaba solucionada automáticamente la cuestión de la investidura. Era éste un ofrecimiento que tenía muchas ventajas para el rey. Pero permitía intuir al mismo tiempo que los príncipes de la Iglesia afectados ofrecerían resistencia. Se esbozaron dos documentos. En uno de ellos, el rey expresaba su renuncia a la investidura, a condición de que se devolvieran las regalías. En el otro, el papa exigía a los príncipes eclesiásticos del imperio la devolución de todos los feudos del imperio.

Ahora sí podía entrar solemnemente Enrique en la ciudad leoniana de Roma. Sucedió esto el 12 de febrero del 1111. El primer documento fue leído públicamente en la basílica de San Pedro. Cuando Pascual dio a conocer el segundo, se levantó una violenta protesta en la que, entre otros, el piadoso, y por lo demás próximo a los intereses pontificios, arzobispo Conrado de Salzburgo mostró sin tapujos su desagrado. La solución pacífica había fracasado.

El rey mandó entonces apresarse inmediatamente al papa, a algunos cardenales y a otros miembros de la curia, en la basílica de San Pedro. La población romana tomó partido por su papa. El rey huyó de Roma llevándose a los prisioneros y amenazó con nombrar un antipapa pero dejó entreabierta la posibilidad de nuevas negociaciones. Resultado de éstas fue el famoso *Privilegium de Sutri*, por el que se concedía al rey expresamente la investidura de los obispos y abades elegidos libremente, con el anillo y el báculo. Al mismo tiempo, el papa se comprometía a no excomulgar al soberano a causa de la investidura o de los malos tratos recibidos; por el

contrario, se obligaba a coronar a Enrique como emperador y a apoyarlo con todas sus fuerzas.

Entonces los dos dignatarios supremos volvieron a Roma, donde debía tener lugar la coronación imperial y se otorgaría solemnemente el privilegio a Enrique. En Roma imperaba el desencanto. Un concilio celebrado el mes de marzo del 1112 en Letrán bajo la dirección del papa rechazó el *Privilegium*, que recibió el nombre de *Pravilegium*. Pero el papa, interesado en mantener sus compromisos, no estaba dispuesto a pronunciar la excomunión sobre el emperador. Éste respondió con circulares en las que informaba a sus súbditos, en una propaganda manipulada, sobre los acontecimientos, vistos desde su perspectiva. Pero los príncipes no estuvieron satisfechos a la larga con su manera de gobernar, y negociaron con la curia a espaldas del emperador.

Informado de todo esto Enrique, consideró oportuno dirigirse de nuevo a Italia. El papa Pascual huyó hacia los normandos. El emperador se ganó las simpatías de los siempre venales romanos mediante el soborno. Una vez que Mauricio de Braga (el futuro antipapa Gregorio VIII) celebró la fiesta de la coronación (Pascua del 1117) del emperador y de su segunda esposa Matilde, éste partió de nuevo. El papa podía volver de nuevo, pero murió poco tiempo después (31 de enero del 1118). Los cardenales eligieron entonces a Gelasio II (1118-1119), que tuvo que huir de Roma para evitar el encuentro con el emperador. Y se repitió una vez más el juego ya conocido: retirada del emperador, retorno del papa y nueva huida del jefe supremo de la Iglesia. En esta ocasión, el papa fue a Cluny, donde falleció poco tiempo después (29 de enero de 1119). Los cardenales nombraron entonces a Guido de Vienne, que tomó el nombre de Calixto II (1119-1124). Fue un decidido partidario de la reforma, pero estaba dispuesto a llegar a un acuerdo.

Los señores territoriales deseaban que terminara la controversia, pero se sentían como oligarquía cuyo intérprete debería ser el emperador. Por consiguiente, ellos tenían que obligarle a firmar una paz. El nuevo papa supo aprovechar esta situación. Envió tres cardenales para celebrar negociaciones. Tras 40 días alumbraron el famoso concordato de Worms del 23 de septiembre del 1122: en el futuro, los obispos serían elegidos libremente por ministros de la Iglesia, naturalmente en presencia del emperador, pero sin violencia ni simonía. En el futuro tendría que desaparecer la investidura con el anillo y el báculo entregados por el rey. Tras la elección se llevaría a cabo la investidura con las posesiones seculares mediante el cetro regio. A continuación, el obispo pronunciaría el juramento de vasallaje, después de lo cual podía procederse a la consagración. También en esta ocasión se redactaron dos documentos, el imperial y el papal, en forma de una concesión personal a Enrique V (con lo que se podía desdecirse posteriormente). Con esta ocasión se le levantó

la excomunión al emperador. El papa hizo que el concilio I de Letrán (marzo de 1123) confirmara este acuerdo. En la Iglesia se respondió a esta victoria mediatizada por el compromiso adoptando posturas de espiritualización, pero, lamentablemente, también con el clericalismo y el juridicismo.

La desacralización del imperio condujo paulatinamente a su vaciamiento de poder, con lo que los papas se vieron privados de su poder protector.

§49

Elecciones papales controvertidas

Muestra esto claramente el cisma del 1130. Ya en 1124 Honorio II (1124-1130) había podido imponerse gracias a la humildad de Celestino II, que había sido elegido con anterioridad. Tras los bandos del dividido colegio cardenalicio era fácil detectar estirpes de la nobleza. Los Frangipani, 16 en total, entre ellos 5 cardenales obispos, eligieron a Inocencio II (1130-1143). Los del grupo Pierleoni, representados en un primer momento por 14 cardenales y posteriormente por otros 10, eligieron unas horas más tarde, en San Marcos, a Anacleto II, el «papa salido del gueto», descendiente de una rica familia de judíos dedicados a la banca en otros tiempos, pero que había recibido el bautismo ya en el siglo XI. Este segundo grupo disponía, pues, de la mayoría y podía argumentar diciendo que su proceso electoral había sido ajustado a derecho, mientras que Inocencio, al haber sido elegido por los cardenales obispos tenía a su favor la letra del decreto sobre la elección papal redactado en tiempos de Nicolás II. Puesto que el partido de Anacleto tenía más posibilidades financieras, Inocencio consideró oportuno abandonar Roma, y huyó a Francia. Con ello se ponía ya en evidencia aquella tendencia que empujó a la curia a ponerse del lado de la supuestamente «hija primogénita» de la Iglesia. Pero Francia no la trató mejor que Alemania.

Se trataba de ver ahora quién era capaz de ganarse el universo cristiano. Para Inocencio era sumamente importante que Bernardo de Claraval, la personalidad religiosa más descollante de la Iglesia occidental durante la primera mitad del siglo XII, se pusiera de su parte, así como Norberto de Xanten. Tomaron partido por Anacleto sobre todo los normandos, cuyo genial duque Roger II recibió, como recompensa, de su supremo señor feudal, el papa, el título de rey de Sicilia. ¿Quién decidiría ahora? La cristiandad estaba dividida en dos bandos. El nuevo rey alemán Lotario III de Supplinburg (1125-1137) prometió a su papa, Inocencio II, reconducirlo a Roma. Se consiguió la conquista de Roma, salvo la ciudad leoniana. Por eso el rey fue coronado emperador por su papa en la basílica

de Letrán. En cuanto a la delimitación del ámbito eclesiástico y del estatal se mantuvo lo reglamentado en el concordato de Worms. Y cuando murió Anacleto el año 1138, terminó en seguida el cisma, pues Víctor IV, su sucesor, se sometió dos meses más tarde a Inocencio II.

El papa reconocido ahora por todos esgrimió este final pacífico como motivo para la convocatoria del concilio II de Letrán (1139), en el que, dando muestras de escasa habilidad diplomática, trató con extraordinario rigor a los que habían apoyado a su contrincante, aunque éstos se habían sometido ya con anterioridad. Se llegó incluso a decidir una cruzada contra los normandos por haber apoyado a Anacleto. El papa mismo se pondría a la cabeza de esa cruzada. Pero cayó prisionero y tuvo que avenirse a revocar todas las medidas punitivas.

Según las normas emanadas de este concilio debían disolverse los matrimonios de obispos, sacerdotes, diáconos y monjes. Esta normativa indica claramente cómo funcionaba en realidad la observancia del celibato. La determinación de que una sede episcopal no podía estar vacante más de tres meses reviste cierta actualidad, incluso para nuestros días. Es notable que se mencione por primera vez el derecho de elección de los canónigos.

Eugenio III (1145-1153) fue el primer papa salido del monacato cisterciense. Su maestro Bernardo de Claraval le dedicó la famosa obra *De consideratione*. En ella le ponía en guardia contra la *libido dominandi*, y le recordaba su condición de sucesor de Pedro, que fue pobre, y no del poderoso Constantino. Naturalmente, Eugenio no lo tuvo nada fácil en Roma al principio. Los seguidores de los Pierleoni le negaron la obediencia en las cosas seculares. En consecuencia, el papa se dirigió a Viterbo y a otras ciudades del norte de Italia, e igualmente de nuevo a Francia.

En Roma se proclamó una vez más la república. Se puso a la cabeza Arnolfo de Brescia, quien, en su condición anterior de prepósito de la fundación de los canónigos en Brescia, se había manifestado con un celo abrasador y con pasión creciente contra la secularización, contra las propiedades y contra el poder de los clérigos. Ahora imperaba como un tribuno del pueblo sobre la ciudad eterna; su arrebatadora elocuencia logró entusiasmar a los habitantes de Roma con la idea de la grandeza y la magnificencia de la antigua Roma.

Bajo el pontificado de Eugenio III tuvo lugar la segunda cruzada, para la que Bernardo de Claraval había ganado a numerosos seguidores, pero que no se vio coronada por un éxito claro.

§50

Los papas y los Staufen

Con la muerte de Eugenio III, que poco antes había confirmado como rey alemán a Federico I Hohenstaufen —en realidad se había limitado a notificar su elección—, se produce un cambio de escena en la historia de la Europa occidental. A Esteban de Blois sucedió en Inglaterra, tras su muerte (1154), Enrique II; en Sicilia, Guillermo I terminó por suplantarse a Roger II.

En Roma fue elegido papa, con el nombre de Adriano IV (1154-1159), por primera vez en la historia un inglés, Enrique Breakspear, hijo de un monje. Con anterioridad había sido abad de una comunidad de canónigos agustinos, en San Rufo de Aviñón. Completamente imbuido de las ideas gregorianas, encontró en Federico Barbarroja a un oponente, poseído como él de la excelsa dignidad de su cargo. Aunque los Staufen hicieron una política imperial hábil, osada, valiente y perseverante, y supieron dejar constancia de esas mismas cualidades en los combates, en las victorias y en sus muertes, sin embargo sus acciones no fueron otra cosa que un combate en retirada, un habilidoso escurrirse, una lucha con un adversario cuya esencia fueron incapaces de captar.

Al principio las relaciones fueron frívolamente amistosas y cordiales. Como prestación previa para aquel buen entendimiento, el rey Federico hizo prisionero a Arnolfo de Brescia. El prefecto de la ciudad lo sometió a un breve proceso, mandó colgarlo, quemar su cadáver y esparcir sus cenizas en el Tíber.

Pero ya en el primer encuentro entre el papa y el rey, en el pintoresco pueblo de Sutri, situado al norte del lago Bracciano, se produjo el primer estallido. Federico se negó a prestar al papa el servicio de mariscal palafrenero. Aunque cuando le informaron de que también Lotario de Supplinburg se había avenido a hacer aquel gesto, el rey se declaró dispuesto, indicando que lo hacía como señal de su veneración a los apóstoles Pedro y Pablo, pero no como vasallo. El 18 de junio de 1155 tuvo lugar en San Pedro la solemne coronación del emperador. Y dado que las circunstancias exigían que éste volviera inmediatamente de Roma, Federico no pudo cumplir la promesa de apoyar al papa contra los normandos. En consecuencia, Adriano no tuvo más remedio que conceder a sus vecinos del sur el deseado feudo hereditario de Sicilia, Apulia y Capua.

Pero esta medida desagradó profundamente al emperador. El papa percibió claramente el desagrado. Por eso envió a dos cardenales, uno de los cuales era Rolando Bandinelli, con un escrito aclaratorio. En él se decía que la Iglesia romana había conferido al emperador el *beneficium* de la coronación imperial, y que la misma estaba dispuesta a conceder otros beneficios (*beneficia conferre*). Los emisarios entregaron el escrito en la dieta de Besançon (octubre del 1157). El canciller del emperador, Reinaldo de Dassel, entonces prepósito capitular de Hildesheim y de Münster y futuro arzobispo de Colonia, tradujo *beneficium* por «feudo» (*Lehen*). Por

eso fue necesario otro escrito aclaratorio para tranquilizar al emperador, que en el otoño del 1158 se dirigió hacia el norte de Italia, y celebró una dieta en Roncaglia en la que reafirmó los antiguos derechos imperiales sobre el norte de Italia. Para defenderse de las pretensiones imperiales, las ciudades de Milán, Brescia y Piacenza se coaligaron.

Con la muerte de Adriano y la elección del nuevo papa se hicieron patentes las contraposiciones. En el colegio cardenalicio había un partido que se inclinaba al compromiso. El candidato de este partido, Octaviano (que escogió el nombre de Víctor IV), consiguió al menos siete votos en la elección. Los otros se unieron alrededor del ya conocido Rolando Bandinelli, que tomó el nombre de Alejandro III (1159-1181) y obtuvo una clara mayoría. Ambos pretendientes se sentían poco seguros en Roma y organizaron su respectiva coronación fuera de la ciudad eterna. Entonces el emperador convocó una asamblea eclesiástica en Pavía, en la que los 50 obispos que se presentaron, alemanes en su mayoría, se decidieron por Víctor y decretaron la excomunión contra Rolando Bandinelli.

Francia e Inglaterra no reconocieron esta decisión, sino que siguieron reconociendo a Alejandro II, que les había concedido la dispensa para el matrimonio de dos niños: Enrique, que todavía no tenía seis años, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, y de Leonor, reina francesa divorciada, y la niña Margarita, de tres años de edad, hija del rey francés Luis VII y de su segunda esposa. A pesar de esta postura inicial no desaparecieron las divergencias entre el rey inglés y el papa Alejandro. Tomás Becket, amigo de juventud del rey y canciller de Inglaterra, había sido elegido arzobispo de Canterbury por deseo del rey. Enrique esperaba tener en él un instrumento sumiso. Pero no fue así. Tomás reflexionó profundamente sobre su tarea episcopal y llegó a convertirse en un decidido defensor de los derechos de la Iglesia. Era, pues, inevitable el enfrentamiento entre Tomás y el rey, especialmente tras el sínodo de Clarendon (1164), en el que el rey reafirmó los «antiguos derechos de la Iglesia inglesa». Becket huyó a Francia y permaneció allí algunos años, hasta que, finalmente, volvió a Inglaterra influido por el papa. Allí, fue asesinado ante el altar de la catedral de Canterbury por cuatro caballeros que habían entendido unas palabras del rey como invitación a eliminar al arzobispo. El pueblo condenó este crimen. El rey mostró arrepentimiento e hizo penitencia pública. Finalmente, solicitó la canonización de Tomás (1173).

Volvamos a la situación que se produjo tras la huida de Alejandro de Roma. Éste permaneció la mayor parte del tiempo en Montpellier. En cambio su oponente Víctor IV pudo desempeñar su oficio en Italia bajo la protección del emperador hasta que le llegó la muerte. El apoyo al nuevo antipapa (el sucesor de Víctor IV se llamó Pascual III) se fue reduciendo más y más en Alemania. Las ciudades del norte de Italia —en número de 22— se unieron a Alejandro III, que había vuelto a Roma pasando por

Messina y Salerno, y constituyeron la Liga lombarda. Federico Barbarroja pasó entonces los Alpes, y avanzó hasta Roma; pero de allí le arrojó la malaria. Las ciudades lombardas se sentían entonces suficientemente fuertes, y entraron en lucha contra el emperador. La batalla tuvo lugar en Legnano, al noroeste de Milán (1176). Y le infligieron una severa derrota. El emperador tuvo que cambiar de rumbo. Y lo hizo con suma habilidad, primero respecto del papa en Venecia (24 de julio del 1177), donde reconoció a éste, librándose así de la excomunión. De esa forma terminaba el cisma. Alejandro podía volver a Roma sin impedimento alguno.

El papa abrió allí el concilio III de Letrán (1179) con unos 300 obispos. En dicho concilio se elaboró una nueva reglamentación para la elección del papa. Naturalmente, se tuvieron en cuenta las experiencias vividas. En el futuro serían necesarios dos tercios de los votos de los cardenales para una elección válida. Y no se mencionaba para nada al emperador.

La paz con las ciudades lombardas se firmó el año 1183. Sobre el papel se reconocía la soberanía alemana; los caballeros obtenían las regalías mediante compra. Pero el emperador siguió de forma consecuente la línea política que se había trazado para Italia. Entre otras actuaciones, desposó a su hijo Enrique VI con Constanza, heredera de Sicilia en su calidad de hija del rey Roger II. De esa manera, Enrique VI se hizo no sólo con Sicilia, sino también con Alemania cuando Federico Barbarroja encontró la muerte el año 1190, durante la tercera cruzada, en las aguas del río Góksu, llamado entonces Salef, de Asia Menor.

Pero el joven y dotado Staufen gozaría de un breve reinado, pues la muerte le sobrevino a la edad de 32 años. Poco después moría en Roma el papa Celestino III (1191-1198), que estuvo postrado en el lecho, por enfermedad, casi durante todo su pontificado.

§51

Cumbre del poder: Inocencio III

Los cardenales eligieron entonces, contra el deseo del papa difunto, al cardenal diácono Lotario de Segni, que se impuso el nombre de Inocencio III. La elección fue rápida y unánime. El nuevo papa tenía unos 37 años de edad, y era de estatura media y de aspecto agraciado. Poseía un talento fuera de lo común, una amplia formación, una memoria prodigiosa, una frugalidad personal no exenta de liberalidad, paciencia, humildad y firmeza en las adversidades. Se diría que había nacido para mandar. Sabía manejar a las personas, y tenía la firme convicción de que, como representante de Cristo, estaba llamado a dirigir los asuntos de Occidente.

En consonancia con esa convicción, se afirmaba menor que Dios, pero mayor que todos los restantes hombres del mundo.

Con mano hábil restableció el orden en Roma y en el Estado pontificio. Aumentó las posesiones pontificias mediante las llamadas recuperaciones, con las que hizo valer, sin el menor asomo de pusilanimidad, viejos derechos, tanto supuestas como reales. Se sirvió del incipiente sentimiento nacional italiano y supo utilizar la animosidad que despertaba el gobierno alemán.

La doble elección realizada el año 1198 (Felipe de Suabia, hijo menor de Federico I, destinado en principio para la carrera eclesiástica, y que había sido elegido ya como obispo de Wurzburg, por un lado, y Otón IV de Brunswick, hijo de Enrique el León, por el otro lado) colocó a Inocencio III en el papel de árbitro, confiriéndole así un significado de alcance universal. Tras ponderar detenidamente los pros y los contras, declaró su *favor apostolicus* a Otón IV, el güelfo, quien le puso por escrito todas las promesas. Pero las victorias de las armas sonrieron a su antagonista Felipe. Sin embargo, éste fue víctima de una venganza privada el 21 de junio del 1208. De esta forma, quedaba completamente despejado el camino para Otón IV, quien, tras su coronación (1209), se mostró olvidadizo y se atrajo la excomunión del papa. Los príncipes alemanes lo depusieron tras la excomunión. Se había hecho desagradable para ellos, por lo que el año 1212 eligieron a Federico II, el «niño de Apulia». Inocencio y sus sucesores vivirían sus «alegrías» con este su protegido.

No sólo Alemania, sino también Francia e Inglaterra preocupaban al papa. Hubo que conseguir que Felipe II Augusto de Francia (1180-1223) tomara de nuevo a su legítima esposa Ingeborg de Dinamarca. El papa entró en controversia con el rey inglés Juan sin Tierra (1199-1216) a causa de la nueva provisión de la sede arzobispal de Canterbury con Esteban Langton. Como se sabe, de este príncipe de la Iglesia proviene la división actual de la *Vulgata* en capítulos. El rey fue excomulgado por su abusiva actitud en la elección del arzobispo, y sólo declarándose vasallo de la Santa Sede logró el soberano inglés salvar su corona. La mala administración económica de Juan desagradaba a los nobles ingleses, incluidos los obispos. En consecuencia, le obligaron a concederles la *Magna charta libertatum*, en 1215. En esta carta de la libertad se delimitaron con toda precisión los derechos del rey, y se garantizaba el predominio de la nobleza y de los altos jerarcas eclesiásticos. Este documento fue la base del parlamentarismo inglés.

La Iglesia había alcanzado el cenit de su poder con Inocencio III, pero las apariencias engañaban. La amplia difusión de los albigenses y los valdenses ponía de manifiesto una amplia insatisfacción con la Iglesia del poder y del imperio. La desdichada cuarta cruzada, que en lugar de llevar a Tierra Santa condujo a Constantinopla por la astucia del centenario

Dandolo, dux de Venecia, donde se estableció un patriarcado y un imperio latinos, significó una causa de distanciamiento entre la Iglesia de Oriente y Occidente que perdura en nuestros días.

No desconocía el papa estos peligros. Y trató de salvar la situación mediante un concilio universal, el IV de Letrán (1215). 1200 prebostes y los enviados de casi todos los príncipes estuvieron presentes. La recuperación de la Tierra Santa y la reforma de la Iglesia estaban en el programa. Por más brillante que fuera el curso del concilio, sus resultados fueron magros, si prescindimos del cuarto precepto de la Iglesia, que obligaba a la comunión pascual y a la confesión anual. Es también importante la primera mención magisterial de la *transsubstantiatio* en la forma de participio («*transsubstantiatis pane in corpus et vino in sanguinem*»).

Nos resulta simpático el gran papa por su encuentro con Francisco de Asís, por la comprensión que demostró para con él y para con su amoroso servicio a «Dama Pobreza». El papa seguro de sí mismo en la cima de su poder y uno de los santos más amables de todos los tiempos en el camino hacia el mismo objetivo: libertad, pureza y sana reforma de la Iglesia.

§52

El estallido: Federico II

El pontificado de Inocencio III, que murió el 16 de julio de 1216 en Perugia a los 54 años, fue punto culminante y peripecia a la vez. En el pupilo del papa, el emperador Federico II Hohenstaufen, tuvieron Inocencio III y sus sucesores a un hombre de una peligrosidad extraordinaria. Nació en Jesi, bautizado en la catedral de San Rufino de Asís, como san Francisco y santa Clara, se crió en Sicilia, «la loada tierra de la mezcla de religiones». Se caracterizó por un espíritu mundano y por el don de un profundo conocimiento de los hombres. Hablaba diversas lenguas extranjeras y estaba familiarizado no sólo con la fe de los cristianos, sino también con la de los musulmanes y de los judíos. Pero no compartió aquella seguridad en la fe que caracterizó a sus contemporáneos medievales. Fue el primer hombre de la era moderna en el trono real. Como tal, sentía profunda inclinación a las ciencias naturales, y tenía un fino sentido para apreciar la belleza, no sólo en las mujeres, sino también en la arquitectura. Quien ha visto Castel del Monte se sentirá inclinado a perdonarle muchas cosas.

Tras la muerte de Otón IV (1218), la soberanía de Federico II en Alemania quedó asegurada definitivamente. La confió a su hijo Enrique, que tenía a la sazón 8 años. Durante sus más de 30 años de reinado sólo pasó dos largas temporadas en Alemania.

Entró en conflicto con la Iglesia romana por una cuestión bien concreta. Sin duda, había prometido ocasionalmente a su tutor Inocencio III su reconocimiento, y había afirmado que no uniría el reino de Sicilia con el *imperium*. También había alabado la idea de una cruzada. Y ciertamente siguió en estos puntos una consecuente conducta desmemoriada, a pesar de haberle reiterado las mismas promesas al papa Honorio III (1216-1227) antes de la coronación imperial el año 1220. No cumplió ocho fechas fijadas para la cruzada, pero cuando mostró igual comportamiento con la novena fecha, en septiembre del año 1227, aunque en esta ocasión tenía motivos justificados para actuar de esa manera, pues se había declarado la peste, logró agotar la paciencia del nuevo papa. Era éste el sobrino de Inocencio III, anteriormente cardenal Ugolino, el «amigo» de san Francisco, Gregorio IX (1227-1241). Éste excomulgó inmediatamente al emperador. Y sólo cuando Federico llevó a cabo la quinta cruzada, todavía bajo la excomunión, y consiguió que aquélla se viera coronada por el éxito gracias a su habilidad diplomática, llegó una reconciliación mediante la paz de San Germano, ratificada por la mediación del gran maestre de la Orden Alemana (Hermann de Salza) y del duque austríaco (Leopoldo VI). El papa y el emperador se reconciliaron por poco tiempo. Esta nueva situación no podía durar mucho si se tiene en cuenta la diversidad de sus caracteres y concepciones.

El primer intercambio de golpes se produjo en el terreno jurídico. En efecto, por mandato de Federico, el entonces juez supremo de la corte de Sicilia Pedro de Vineia (al que posteriormente se pudieron imputar irregularidades, por lo que fue apresado y hecho ciego, lo que le llevó a suicidarse) publicó en 1231 el llamado *Liber augustalis*, una grandiosa obra legal. El papa respondió con la famosa colección de *Decretales* de Raimundo de Peñafort, que adquirió valor de ley en 1234 mediante su envío a las universidades de Bolonia y París. Pero cuando el emperador sometió las ciudades lombardas y, emborrachado por su éxito, desposó a su hijo natural predilecto Enzo con la heredera de una gran parte de Cerdeña, considerada feudo pontificio, y cuando se supo que el emperador quería hacer de Roma el centro de su imperio universal, Gregorio consideró llegado el momento de excomulgar de nuevo al emperador y de declarar solemnemente su deposición (domingo de ramos de 1239).

Estalló entonces un virulenta controversia por escrito. Ninguna de las dos partes ahorró «gestos amistosos». Se acusó de incredulidad al emperador. Se afirmó (lo que no se ha probado todavía) que él había llamado a Moisés, Mahoma y Cristo los tres grandes mentirosos. El partido imperial calificó al papa de «dragón y anticristo del final de los tiempos» que no actuaba de acuerdo con los principios del evangelio, sino impulsado por puntos de vista exclusivamente políticos. Con ello, el Occidente se encontró dividido en dos bandos, pero una parte nada despreciable de los

dignatarios eclesiásticos del imperio tomó partido por el emperador. Federico exigió entonces la convocatoria de un concilio general, concilio que en realidad no deseaba. Cuando fue convocado, Federico impidió su celebración. Para ello, no dudó en utilizar su ejército. Entre tanto, murió el papa Gregorio IX (22 de agosto del 1241).

Su segundo sucesor fue, tras un pontificado intermedio de 17 días, Inocencio IV (1243-1254). Era un diplomático hábil y sin escrúpulos; y carecía de la vena religiosa de sus predecesores. En un principio, el emperador había sentido alegría por su elección, sin embargo, el nuevo papa descendía de una familia gibelina de Génova. Y se llegó a negociaciones, aunque el papa no creía posible llegar a un acuerdo. En consecuencia, huyó disfrazado del Estado pontificio y fue a Lyon, que por entonces no pertenecía aún a Francia, pero estaba bajo su esfera de influencia. Da una idea de su carácter el hecho de que, entre tanto, mandó que sus mediadores mantuvieran contactos con los representantes del emperador. Luis IX el Santo había rechazado significativamente recibir al papa en territorio directamente perteneciente a su corona. Naturalmente, fracasaron todas las negociaciones. No podía ser de otra manera. Para colmo de males, Jerusalén caía definitivamente en manos del enemigo en agosto del 1244. Los mongoles empujaban, saqueando e incendiando, desde Rusia hasta Hungría. El imperio latino de Constantinopla se veía acosado por todas partes.

En tales circunstancias, el papa consideró oportuno convocar un concilio en Lyon, su lugar de residencia, en aquel momento el año 1245. Se presentaron a él tan sólo unos 150 obispos, aunque las invitaciones habían llegado a todas partes. Los intereses de Francia y de Inglaterra estuvieron representados por medio de procuradores; el emperador, por Tadeo de Suessa, entonces juez supremo de la corte de Sicilia. En nombre de su soberano (excomulgado) prometía reconducir a la unidad eclesiástica a todo el imperio bizantino, oponerse de manera eficaz a los mongoles y a los sarracenos, y devolver sus bienes a la Iglesia romana. Pero el papa no se fió de tales declaraciones y mandó refutarlas inmediatamente. Ya en la ceremonia de apertura, el romano pontífice habló de la persecución de la Iglesia por el emperador, e inculpó a Federico de herejía y sacrilegio, insinuó que éste había entablado amistad con el sultán y con otros príncipes musulmanes, que se había mancillado mediante un trato pecaminoso con muchachas sarracenas, y afirmó que había cometido perjurio en demasiadas ocasiones. Tadeo de Suessa presentó una serie de disculpas y pidió que se aplazara la sentencia definitiva, a fin de que él pudiera informar previamente al emperador, y éste dispusiera de tiempo para personarse en el sínodo. Pero se rechazó inmediatamente esta treta.

En la tercera sesión pública (en la precedente el procurador imperial había declarado nulo y sin valor alguno el juicio inminente porque había

defectos de forma en el escrito de citación y porque el papa no podía intervenir en el mismo asunto como acusador y juez al mismo tiempo) se anunció públicamente que se privaba al emperador de todo honor y reverencia, que sus súbditos quedaban desligados de todos los juramentos, y que todo el que apoyara al excomulgado incurría en excomunión. Y se afirmaba la necesidad de elegir sin pérdida de tiempo un nuevo emperador, y de predicar la cruz contra el notorio enemigo de la Iglesia.

El emperador reaccionó con violenta cólera. Y exclamó: «Todavía tengo mi corona y ningún papa ni concilio me la arrebatarán sin lucha.» Pero el destino tenía otros planes. Las ciudades le abandonaron. Enrique Raspe, landgrave de Turingia y ambicioso en extremo, fue elegido como antirrey, al que sucedió su hijo el conde Guillermo de Holanda, que ni siquiera era príncipe imperial alemán. A pesar de los parciales éxitos iniciales, el emperador no fue capaz de conseguir una victoria duradera. A los 55 años de edad, profundamente desilusionado, falleció el año 1250 en brazos de su hijo natural Manfredo en Fiorentino. Murió con sorprendente rapidez, de disentería, después de que su amigo el arzobispo Berardo de Palermo le levantara la excomunión.

Tanto el imperio como la Iglesia salieron debilitados de aquella contienda. La gran tragedia consistía en que los dos poderes decisivos de la cristiandad, el papa y el emperador, se hostigaban recíprocamente malgastando sin consideración alguna el precioso capital de la fe y de la fidelidad.